**Escuela Normal de Educación Preescolar**

**Alumna.** Daniela Elizabeth Arroyo Mancha.

**Curso.** Prácticas sociales del lenguaje

**Profesora.** Claudia Elena Hernández

**Indicadores de observación y práctica.**

Segundo Semestre. Sección “B”.

A 8 de Marzo de 2015. Saltillo, Coahuila de Zaragoza.

El presente ensayo tiene el propósito de presentar lo acontecido durante la primera jornada de observación, en nuestro segundo semestre, enfatizando en las formas de lenguaje que emplean la educadora y los alumnos.

Esto con la intensión de conocer las diferentes formas de expresión y de enseñanza del lenguaje, para rescatar lo más aceptable y descartar lo que se hace de forma incorrecta.

Asimismo, fue posible comparar el contexto de zonas marginadas con las zonas céntricas, puesto que en el semestre anterior las observaciones tuvieron lugar en un Jardín Anexo a la Escuela Normal De Educación Preescolar.

Durante mi primera jornada de observación en el “Jardín De Niños Ejército Mexicano” ubicado en las zonas marginadas al suroeste de esta ciudad, fueron notorios ciertos aspectos en relación con el léxico, de los cuales se observó que muchos de los niños de esa colonia los compartían, posiblemente por el entorno.

Primeramente, el lenguaje que utilizaba la educadora al dirigirse a los niños incorporaba denotaciones la mayor parte del tiempo, puesto que su expresión verbal no sonaba infantil, por el contrario usaba conceptos objetivos y definiciones técnicas, sin convertirse en pedantería ni mucho menos rebasando el nivel cognitivo de los niños.

Hizo su mayor intento por expresarse de la forma correcta, sin embargo al recurrir a ciertas variantes léxicas, le dio un toque rimbombante a lo que decía. Por ejemplo el uso de la frase “!que padre¡” o regionalismos como “pelado”, a pesar de no tener la intensión de ofender a nadie, parecía lo contrario porque normalmente ese tipo de palabras son altisonantes.

Su forma de enseñanza en relación al lenguaje escrito, consistía en proponer ciertos ejercicios de grafomotricidad poniendo como base las letras del alfabeto y al mismo tiempo, pronunciando el fonema de cada una. Esto con la intención de que los pequeños al momento de escuchar la letra, la identificaran y fueran capaces de escribirla. Asimismo, daba un énfasis en el uso de las letras mayúsculas por medio de ejemplos como el usarlas en los nombres propios y después de cada punto.

Ahora bien en relación con el lenguaje oral, todos los días la educadora les leía un cuento; pero cada vez que los niños percibían una palabra nueva cuestionaban a la maestra de su significado. Si bien la educadora no conocía la respuesta, continuaba la duda en ellos, pues no se tomaba la molestia de buscarles la definición, en este caso se presentó la palabra “bragas” en un cuento sobre personas de la tercera edad y no pudo responder.

Fue muy difícil percibir el lenguaje de los pequeños durante las clases, puesto que la educadora se inclinaba hacía la teoría directa, y los niños no se expresaban mucho verbalmente, al menos que no entendieran las indicaciones de la maestra o algún concepto, es decir, era meramente para preguntar y no para adherir algo a la clase.

No obstante durante sus horas libres fue evidente el uso de una serie de connotaciones, entre las cuales imperaban frases como “Que padre”. Del mismo modo, empleaban regionalismos como “morrillo”.

En conclusión, los niños a medida de que van adquiriendo el lenguaje y las personas adultas al dirigirse a ellos usan connotaciones porque regularmente se piensa que son tan pequeños para no captar lo que se les dice.

Sin embargo, desde mi punto de vista, al dirigirnos a ellos podemos intercalar palabras de lenguaje común y otras más sofisticadas, con el mero propósito de que los alumnos de forma espontánea manifiesten lo aprendido y amplíen su léxico. Esto les ayudará a desarrollar competencias en la lingüística, tanto escrita como oralmente.